

EL DIABLO EN SALVATION BLUFF

JACK VANCE

Pocos minutos antes del mediodía, el sol dio un bandazo hacia el sur y se puso.

La hermana Mary se quitó el casco solar de su rubia cabeza y lo arrojó sobre el canapé, cosa que sorprendió y turbó a su marido, el hermano Raymond.

—Vamos, querida, calma —le dijo, tomándola por los hombros temblorosos—. Un estallido no nos servirá de nada.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la hermana Mary.

—Apenas salimos de casa, el sol desaparece... ¡Siempre ocurre lo mismo!

—Está bien..., pero debemos tener paciencia. Pronto aparecerá otro.

—¡Puede ser dentro de una hora! ¡O de diez horas! Y tenemos que trabajar.

El hermano Raymond se acercó a la ventana y apartó la almidonada cortina de encaje.

—Podríamos salir ahora y subir a la colina antes de la noche —dijo.

—¿La noche? ¿Y cómo le llamas a esto?

El hermano Raymond dijo con severidad:

—Quiero decir la noche según el reloj. La noche *de verdad*.

—El reloj... —La hermana Mary suspiró y se hundió en un sillón—. Si no fuera por el reloj, todos estaríamos locos.

El hermano Raymond miró hacia Salvation Bluff, donde se hallaba el gran reloj, ahora invisible. Mary se le acercó y ambos contemplaron la oscuridad. Ella susurró:

—Lo siento querido. Es que me trastorna.

Raymond le palmeó la espalda.

—No es nada fácil vivir en Glory.

Mary sacudió la cabeza con decisión.

—Debo controlarme y pensar en la colonia. Los pioneros no pueden tener debilidades.

Estaban muy juntos, confortándose mutuamente.

—¡Mira! —dijo Raymond—. ¡Un incendio, allá arriba, en Old Fleetville!

Contemplaron el lejano punto rojo, asombrados.

—Se suponía que debían descender todos a New Town —murmuró Mary—. A menos que se trate de alguna ceremonia... La sal que les dimos...

Raymond, sonriendo con amargura, expresó uno de los postulados fundamentales de la vida en Glory.

—No se puede saber qué harán los flits; son capaces de todo.

Mary respondió con una verdad aún más fundamental:

—Cualquier cosa puede hacer lo que se le antoje.

—Y los flits aún más... Ahora incluso se mueren sin nuestro consuelo.

—Hemos hecho todo lo posible. La culpa no es nuestra —dijo la hermana Mary, como si temiera que lo fuese.

—Nadie podría reprocharnos nada.

—Salvo el inspector... Los flits florecían cuando llegó la colonia.

—No les hemos molestado ni atacado, no hemos interferido con ellos en nada. La verdad es que nos hemos desvivido por ayudarles. ¿Y cómo nos lo agradecen? Derriban nuestras cercas, destruyen el canal, arrojan barro a la pintura fresca.

La hermana Mary dijo en voz baja:

—A veces odio a los flits... Odio a Glory..., a toda la colonia.

El hermano Raymond la atrajo hacia sí y le acarició el cabello rubio que llevaba recogido en un pulcro rodete.

—Te sentirás mejor cuando salga uno de los soles. ¿Vamos?

—Está muy oscuro. Glory ya es bastante peligroso de día.

Raymond apretó los labios y dirigió la vista al reloj.

—Es de día. El reloj dice que es de día. Ésa es la realidad, y a ella debemos atenernos. Es nuestro vínculo con la verdad y la cordura.

—Está bien. Vamos.

Raymond la besó en la mejilla.

—Eres valiente; un motivo de orgullo para la colonia.

Mary meneó la cabeza.

—No, querido. No soy mejor ni más valiente que los demás. Vinimos aquí a fundar hogares y a vivir en la verdad, y ya sabíamos que sería duro. Es mucho lo que depende de todos; no hay lugar para la debilidad.

Raymond volvió a besarla, aunque ella, riendo, protestó y apartó el rostro.

—Sigo creyendo que eres valiente..., y muy dulce.

—Trae una luz —dijo ella—. O varias. No se puede saber cuándo se acabará esta oscuridad inaguantable.

Salieron al camino, a pie, porque en la colonia los vehículos particulares a motor eran considerados un mal social. Al frente, oculta en la oscuridad, se alzaba la Grande Montagne, la reserva de los flits. Podían sentir la presencia de sus ásperos precipicios, así como los ordenados campos, cercos y caminos de la colonia. Cruzaron el canal que conducía las aguas del ondulante río a una red de acequias de riego. Raymond arrojó un haz de luz al lecho de cemento; ambos miraron, en un silencio más elocuente que una maldición.

—¡Está seco! Han vuelto a romper los muros..

—¿Por qué? —dijo Mary—. ¿Por qué? ¡Si no usan el agua del río!

Raymond se encogió de hombros.

—Supongo que, sencillamente, los canales no les gustan. Bueno —suspiró—. Sólo podemos hacer lo que sabemos.

El camino ascendía en zigzag. Pasaron al lado del casco, cubierto de líquenes, de una nave espacial que había chocado contra el suelo de Glory quinientos años antes.

—Parece imposible —dijo Mary—. Los flits eran antes hombres y mujeres como nosotros...

—No como nosotros, querida —corrigió con dulzura Raymond.

La hermana Mary se estremeció.

—Los flits y sus cabras... A veces es difícil distinguirlos.

Un instante después, Raymond caía en un pozo de barro, lo bastante profundo para ser peligroso. Debatiéndose y jadeando, y gracias a la ayuda desesperada de Mary, logró regresar a tierra firme. Furioso, mojado, helado, se quedó temblando.

—¡Esto no estaba aquí ayer! —Limpió de lodo su cara y sus ropas—. Son estas miserias las que hacen la vida tan dura.

—Saldremos adelante, querido —dijo Mary con fiereza—. Lucharemos y venceremos. ¡De un modo u otro, pondremos orden en Glory!

Mientras estudiaban si continuar o no, Robundus apareció sobre el horizonte, al noroeste, y pudieron apreciar la situación. Las polainas caqui del hermano Raymond, y por supuesto su camisa blanca, se hallaban inmundas. La ropa de Mary no estaba mucho más limpia.

Raymond dijo, abatido:

—Tendré que ir a cambiarme al *bungalow*.

—Raymond..., ¿tenemos tiempo?

—No puedo presentarme así ante los flits.

—Ni se darán cuenta.

—¿Cómo pueden no darse cuenta?

—No hay tiempo —dijo Mary con decisión—. El inspector vendrá en cualquier momento, y los flits están muriendo como moscas. Dirán que es por culpa nuestra y eso puede ser el fin de la Colonia del Evangelio. —Hizo una pausa y agregó—: Y no porque no estemos decididos a ayudar a los flits como sea.

—Sin embargo, pienso que les causaría mejor impresión con la ropa limpia —insistió, dubitativo, Raymond.

—Bah, para lo que les importa la ropa limpia, con la forma ridícula en que corretean siempre...

—Supongo que tienes razón.

Un pequeño sol amarillo verdoso apareció por el sudoeste.

—Aquí llega Urban... Cuando no es noche cerrada tenemos tres o cuatro soles a la vez.

—El sol hace crecer las cosechas —le recordó dulcemente Mary.

Ascendieron durante media hora, se detuvieron para recobrar el aliento y miraron en dirección al valle, a la colonia que tanto amaban. Setenta y dos mil almas en una ajedrezada llanura verde con hileras de casas blancas, pintadas y limpias, con cortinas níveas detrás de los cristales, césped, jardines de tulipanes y huertos de coles, berzas y calabazas.

Raymond miró al cielo.

—Va a llover.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mary.

—¿No recuerdas el diluvio de aquel día en que Urban y Robundus se hallaban al oeste?

Mary movió la cabeza.

—Eso no significa nada.

—Algo debe tener significado; ésa es la ley de nuestro universo, y la base de todo nuestro pensamiento.

Una ráfaga de viento aulló entre los riscos, arrastrando grandes nubes de polvo, que giraron con complejas formas y colores entre las luces opuestas del rojo Robundus y el amarillento Urban.

—Aquí está tu lluvia —gritó Mary por encima del rugido del viento.

Raymond continuó caminando, y de pronto el viento se calmó.

—En Glory —agregó Mary—, yo sólo creo en la lluvia o en cualquier otra cosa cuando la veo.

—No tenemos datos suficientes —insistió Raymond—. No hay ninguna magia en la imposibilidad de predecir un acontecimiento.

—Simplemente es... algo impredecible. —Mary miró hacia atrás—. Gracias a Dios que tenemos el reloj; algo en lo que es posible confiar...

El sendero trepaba entre matorrales grises, zarzas coriáceas y matas de espino morado. A veces se interrumpía sobre el barranco o contra un paredón y continuaba a un nivel situado unos metros por encima o por debajo; se trataba de pequeñas dificultades que superaban como algo sobrentendido. Sólo mostraron ansiedad cuando Robundus flotó hacia el sur y Urban hacia el norte.

—Sería inconcebible que un sol se pusiera a las siete de la tarde —comentó Mary—. Demasiado normal y cotidiano.

A las siete y cuarto ambos soles desaparecieron. Habría un maravilloso ocaso de diez minutos, otros quince de claridad y luego una noche de duración desconocida.

No pudieron ver el crepúsculo a causa de un terremoto. Una avalancha de rocas cayó sobre el camino; se refugiaron bajo un saliente de granito, mientras grandes piedras repiqueteaban sobre el sendero y rodaban por la ladera.

La lluvia de piedras cesó, excepto algunas que se dejaban caer como si lo hubieran pensado mejor.

—¿Ya ha acabado? —preguntó Mary.

—Parece que sí.

—Tengo sed.

Raymond le alcanzó la cantimplora y ella bebió.

—¿Cuánto falta hasta Fleetville?

—¿Old Fleetville o New Town?

—Tanto da —respondió Mary, fatigada—. Cualquiera.

Raymond titubeó.

—La verdad es que no sé qué distancia hay hasta ninguna de las dos.

—Pero no podemos quedarnos aquí toda la noche...

—Ya es de día —afirmó Raymond, mientras Maude, una enana blanca, empezaba a platear el cielo hacia el nordeste.

—Es de noche —declaró Mary, con sosegada desesperación—. El reloj asegura que es de noche; no me importa que brillen todas las estrellas de la galaxia, incluso nuestro sol. Si el reloj dice que es de noche, es de noche.

—Al menos podemos ver el camino. New Town está justo sobre ese acantilado. Reconozco esas plantas; estaban ahí la última vez que vine.

De los dos, Raymond fue el más asombrado cuando encontró New Town precisamente donde había vaticinado. Entraron en el pueblo.

—Todo está muy silencioso.

Había tres docenas de cabañas construidas con cemento y cristal, todas con agua filtrada, ducha, bañera y sanitarios. Para no contradecir los prejuicios de los flits, estaban techadas con espino, y no había tabiques interiores.

Todas se hallaban desiertas. Mary se acercó a la entrada de una.

—Uf, es horrible —dijo con un mohín—. ¡Qué olor!

Las ventanas de la segunda carecían por completo de cristales. Raymond mostraba un rostro duro y enojado.

—Yo mismo traje esos cristales sobre mi espalda llagada... Mira cómo lo agradecen.

—No me importa que nos lo agradezcan o no. Me preocupa el inspector. Nos hará responsables de esta inmundicia. Y después de todo, tenemos esa responsabilidad.

Hirviendo de indignación, Raymond examinó el pueblo. Recordaba el día en que se había terminado New Town; era un pueblo modelo, con treinta y seis cabañas impecables, apenas inferiores a los *bungalows* de la colonia. El Arcediano Burnette las bendijo mientras los trabajadores voluntarios se arrodillaban a orar en el espacio central. Cincuenta o sesenta flits bajaron a curiosear de la montaña. Eran un grupo andrajoso, de ojos muy abiertos; todos los hombres llevaban barba y greñas desordenadas, y las mujeres parecían descaradas y dispuestas a la promiscuidad; al menos así lo creían los colonos.

Después de la invocación, el Arcediano Burnette entregó al jefe de la tribu una gran llave de madera dorada.

—Quedan bajo su custodia el futuro y el bienestar de su pueblo —dijo—. Cuídelos; vele por ellos.

El jefe tenía casi dos metros diez de altura. Era flaco como un palo, y su perfil era agudo y duro como el de una tortuga. Vestía unos grasientos andrajos negros y llevaba una vara larga, cubierta de piel de cabra. Sólo él, entre toda la tribu, podía hablar el lenguaje de los colonos; y con tan buen acento que resultaba desconcertante.

—No es asunto mío —respondió con voz ronca—. Ellos hacen lo que quieren. Es lo mejor.

El Arcediano Burnette ya se había encontrado con actitudes semejantes. Era un hombre de amplio criterio, y no se molestó, sino que intentó discutir lo que consideraba una actitud irracional.

—¿Acaso no quieren ser civilizados? ¿No quieren adorar a Dios y vivir vidas limpias y sanas?

—No.

El Arcediano sonrió.

—Pues les ayudaremos de todos modos tanto como sea posible. Podemos enseñarles a leer y a contar; podemos curar vuestras enfermedades. Y por supuesto deben mantenerse limpios y adoptar hábitos regulares, porque eso es ser civilizados.

El jefe gruñó:

—Ni siquiera saben cuidar un rebaño de cabras.

—No somos misioneros —continuó el Arcediano—; pero cuando aprendan la verdad, estaremos preparados para ayudarles.

—Hum... ¿Qué ganan con esto?

El Arcediano sonrió.

—Nada. Ustedes son humanos como nosotros; nuestra obligación es ayudar.

El jefe se volvió, llamó a su gente y todos huyeron peñas arriba, empujándose unos a otros, trepando como desesperados, con las cabelleras al viento y las pieles de cabra restallando.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —gritó el Arcediano—. Vuelve aquí —le dijo al jefe, que seguía a la tribu.

Desde un acantilado el jefe se volvió.

—Están todos locos —dijo.

—No, no —exclamó el Arcediano.

Era una escena magnífica, tan perfecta como en el cine. El Arcediano, con su pelo blanco, llamaba al jefe salvaje de la tribu salvaje que se agazapaba detrás de él; el santo daba órdenes a los sátiros bajo la luz cambiante de tres soles.

Sin embargo, logró persuadir al jefe para que volviera a New Town. Old Fleetville estaba medio kilómetro más arriba, en una hondonada que encauzaba todos los vientos y nubes de la Grande Montagne, y hasta las cabras encontraban difícil mantenerse aferradas a las rocas. Era un lugar frío, húmedo y melancólico. El Arcediano se llevó uno por uno a sus habitantes a New Town, aunque el jefe insistía en su preferencia por Old Fleetville.

El motivo fueron veinte kilos de sal, con las que el Arcediano comprometió sus principios acerca del soborno. Unos sesenta miembros de la tribu se trasladaron a las nuevas cabañas con un aire de divertido desinterés, como si el Arcediano les hubiese pedido que participaran en un juego pueril.

El Arcediano volvió a bendecir el pueblo, y los colonos a arrodillarse, mientras los flits miraban con curiosidad desde las puertas y ventanas de sus nuevos hogares. Otros veinte o treinta descendieron saltando por las rocas con un rebaño de cabras que descuartizaron en la minúscula capilla. La sonrisa del Arcediano Burnette se tornó rígida y dolorosa, pero es justo reconocer que no hizo nada para impedirlo.

Algo más tarde, los colonos descendieron al valle. Habían hecho todo lo posible, pero no estaban seguros de qué era lo que habían hecho exactamente.

Dos meses después, New Town estaba desierta. El hermano Raymond y la hermana Mary Dunton recorrieron el pueblo entre las ventanas oscuras y las puertas entreabiertas.

—¿Adónde se han ido? —dijo Mary en voz baja.

—Están todos locos —respondió Raymond—. Locos de remate.

Fue hasta la capilla y metió la cabeza por la puerta. De pronto, aferró el marco; sus nudillos estaban blancos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mary, con ansiedad.

Raymond la apartó.

—Cadáveres... Hay diez, doce, quizá quince cuerpos.

—¡Raymond! —Se miraron—. ¿Por qué? ¿Cómo?

Raymond meneó la cabeza. Pensando lo mismo, ambos miraron hacia arriba, hacia Old Fleetville.

—Creo que deberíamos averiguarlo.

—¡Pero si este lugar es tan bonito! —estalló Mary—. Son... ¡Son unas bestias! ¡Deberían estar encantados!

Se apartó, mirando hacia el valle, para que Raymond no pudiera ver sus lágrimas. New Town había significado mucho para ella. Con sus propias manos había dado una mano de cal a las piedras y había arreglado cada cerca en torno a las cabañas. Pero esas piedras habían sido dispersadas a puntapiés, y se sentía herida.

—Que vivan como quieran —le dijo a Raymond—. Son sucios, perezosos, irresponsables... ¡Completamente irresponsables!

Raymond asintió.

—Vamos, Mary. Debemos cumplir con nuestro deber.

Mary se secó los ojos.

—Me imagino que son criaturas de Dios, pero no puedo comprender el porqué. —Miró a Raymond—. Y no me digas que Dios procede de modo misterioso.

—Está bien —repuso Raymond.

Empezaron a subir hacia Old Fleetville. El valle se hacía más y más pequeño. Maude llegó al cenit y allí se quedó, aparentemente inmóvil.

Se detuvieron a respirar. Mary se secó la frente con un pañuelo.

—¿Estoy loca, o Maude está aumentando de tamaño?

Raymond miró.

—Quizás ha crecido un poquito.

—O se trata de una nova o estamos cayendo hacia él.

—Supongo que en este sistema podría ocurrir cualquier aberración —suspiró Raymond—. Si en la órbita de Glory hay alguna regularidad, ésta no resiste el análisis.

—Con toda facilidad podríamos caer sobre cualquiera de los soles —dijo Mary, cavilosa.

Raymond se encogió de hombros.

—Hace unos cuantos millones de años que el sistema funciona. Ésa es nuestra mejor garantía.

—La única. —Mary apretó los puños—. Si hubiese siquiera una certeza en alguna parte, algo que uno pudiese mirar y decirse: «Esto es inmutable, esto no cambia, en esto se puede confiar»... ¡Pero no hay nada! ¡Es para volverse locos!

—No lo hagas, querida —replicó Raymond, con una sonrisa glacial—. Ya hay bastantes problemas en la colonia.

Mary se recobró al instante.

—Lo siento. Lo siento, Raymond, de veras.

—Estoy muy preocupado. Ayer hablé con Birch, el director del sanatorio.

—¿Cuántos hay ahora?

—Casi tres mil. Y todos los días hay casos nuevos. —Suspiró—. En Glory hay algo que afecta a los nervios, de eso no hay duda.

Mary respiró hondo y apretó la mano de Raymond.

—Lucharemos contra lo que sea, Raymond, y triunfaremos. Todo acabará por normalizarse, ya lo verás.

—Con la ayuda de Dios —replicó él, inclinando la cabeza.

—Se va Maude. Conviene que nos demos prisa para llegar a Old Fleetville con luz.

Pocos minutos después se encontraron con una docena de cabras, atendidas por igual cantidad de chiquillos escuálidos. Algunos vestían andrajos, o pieles de cabra, y otros andaban desnudos al viento, con las costillas descarnadas como tablas de lavar.

Más adelante vieron otro rebaño de cabras —quizás un centenar— al cuidado de otro chico.

—Típico de los flits —dijo Raymond—. Doce muchachos para cuidar doce cabras, y uno solo para cien.

—Tal vez sufran algún tipo de enajenación... ¿La locura es hereditaria?

—Es un punto discutible... Ya puedo oler Old Fleetville.

Maude abandonó el horizonte con una inclinación que prometía un largo crepúsculo. Con las piernas doloridas, Raymond y Mary entraron en el poblado, seguidos de niños y cabras mezclados sin discriminación.

Mary dijo, disgustada:

—Y dejan New Town, tan limpia y bonita, para vivir en esta inmundicia.

—¡No pises ese animal!

Raymond la apartó de la carroña mordisqueada de una cabra que había en medio del camino. Mary se mordió los labios.

Encontraron al jefe sentado en una roca y mirando al aire. Les saludó sin sorpresa ni placer. Un grupo de chicos construía una pira de hojarasca y ramas secas.

—¿De qué se trata? —preguntó Raymond, con forzada alegría—. ¿De una fiesta? ¿De un baile?

—Cuatro hombres, dos mujeres. Enloquecieron, se murieron. Los quemamos.

Mary miró la pira.

—No sabía que incineraban a los muertos.

—Hoy lo hacemos. —Estiró un brazo, tocó el brillante pelo rubio de Mary—. Sé mi esposa por algún tiempo.

Mary retrocedió y dijo con voz estremecida:

—No, gracias. Estoy casada con Raymond.

—¿Todo el tiempo?

—Todo el tiempo.

El jefe movió la cabeza.

—Están locos. Pronto morirán.

Raymond dijo con severidad:

—¿Por qué han roto el canal? Diez veces lo arreglamos; diez veces los flits bajaron en la oscuridad y derribaron los muros.

El jefe reflexionó.

—El canal está loco.

—No está loco. Ayuda a regar, ayuda a los campesinos.

—Va siempre lo mismo.

—¿Quieres decir que es recto?

—¿Recto? ¿Qué palabra es ésa?

—En una sola línea. En una sola dirección.

El jefe se mecía.

—Mire —dijo—. Montaña, ¿recta?

—No, por supuesto que no.

—El sol, ¿recto?

—No, pero...

—Mi pierna —y el jefe extendió su pierna izquierda, nudosa y velluda—, ¿recta?

—No —suspiró Raymond—. Su pierna no es recta.

—Entonces, ¿por qué el canal es recto? Está loco. —Se echó atrás. El asunto quedaba resuelto—.

¿Por qué ha venido?

—Porque mueren demasiados flits —dijo Raymond—. Queremos ayudar.

—Todo va bien. No nos hemos muerto ni usted ni yo.

—No queremos que mueran. ¿Por qué no viven en New Town?

—Los flits se vuelven locos y saltan de las rocas. —Se puso de pie—. Vamos, hay comida.

Dominando su repugnancia, Raymond y Mary probaron fragmentos de carne de cabra asada. Sin ceremonia, cuatro cadáveres de flits fueron lanzados a las llamas. Algunos flits empezaron a bailar.

Mary tocó a Raymond con el codo.

—Uno puede comprender una cultura por las danzas que ejecutan sus miembros. Mira.

—No se atienen a ninguna forma —replicó Raymond—. Algunos dan un par de saltos y se sientan; otros corren en círculo; otros se limitan a levantar y bajar los brazos.

Mary murmuró:

—Es que están locos, completamente locos.

—Así es —respondió Raymond.

Empezó a llover. El rojo Robundus encendió el cielo oriental, pero no se molestó en aparecer. La lluvia se convirtió en granizo. Mary y Raymond se metieron en una cabaña, seguidos por varios hombres y mujeres que, a falta de algo mejor, empezaron a hacer ruidosamente el amor.

Mary, en el paroxismo de la angustia, dijo en voz baja:

—¡Delante de nosotros! ¡No tienen vergüenza!

Raymond dijo, ceñudo:

—No pienso salir con esta lluvia. Que hagan lo que quieran.

Mary le dio un golpe con el puño a uno de los hombres, que trataba de quitarle la blusa. El flit dio un salto atrás.

—Como perros —musitó.

—No tienen represiones —dijo, apático, Raymond—. La represión acarrea psicosis.

—Entonces soy una psicótica —respondió con furia Mary—. ¡Tengo represiones!

—Yo también las tengo.

Se acabó el granizo, el viento dispersó las nubes, el cielo estaba claro. Raymond y Mary, aliviados, salieron de la cabaña.

La pira, empapada, se había apagado. Entre las cenizas había cuatro cuerpos carbonizados. Nadie se ocupaba de ellos.

Raymond dijo, pensativo:

—Tengo en la punta de la lengua..., de la mente...

—¿Qué?

—La solución a todo este problema con los flits...

—¿Y cuál es?

—Algo así: los flits están locos, son irracionales, irresponsables...

—De acuerdo.

—El inspector está a punto de llegar. Debemos demostrar que la colonia no es una amenaza para los aborígenes; en ese caso, los flits...

—¡Pero no podemos obligar a los flits a mejorar su forma de vida!

—No. Pero si pudiéramos curarlos, si pudiéramos evitar su psicosis masiva...

—Parece una tarea infinita —dijo, descorazonada, Mary.

Raymond meneó la cabeza.

—Usa el pensamiento riguroso, querida. Es un problema real. Un grupo de aborígenes es demasiado psicótico para vivir; pero es preciso que vivan... La solución es eliminar la psicosis.

—Así expuesto, tiene sentido; pero, en nombre del cielo, ¿cómo empezamos?

El jefe llegó saltando con sus largas piernas sobre las rocas, mientras masticaba un trozo de tripa de cabra.

—Hay que empezar por él —anunció Raymond.

—Es como ponerle el cascabel al gato.

—Sal. Desollaría a su abuela por un poco de sal.

Raymond se le acercó; el jefe parecía sorprendido de encontrarle aún en el pueblo. Mary miraba desde cierta distancia.

Raymond discutía. El jefe mostró al principio una expresión sorprendida, luego sombría. Raymond continuaba explicando. El punto principal era la sal, tanta como el jefe pudiera subir a la montaña. El jefe miró a Raymond desde sus dos metros diez de estatura, alzó los brazos al cielo, se alejó, y por fin se sentó en una roca, siempre masticando la tripa.

Raymond se reunió con Mary.

—Vendrá —dijo.

Birch, el director, se comportó tan cordialmente como pudo.

—¡Es un honor! —le dijo al jefe—. Rara vez tenemos visitantes tan distinguidos. Le atenderemos de inmediato.

El jefe dibujaba curvas con su vara en el suelo. Le preguntó mansamente a Raymond:

—¿Cuándo me dan la sal?

—En seguida. Primero tiene que hablar con el director Birch.

—Vamos —dijo éste—. Daremos un bonito paseo.

El jefe se volvió y se dirigió a la Grande Montagne.

—No, no —exclamó Raymond—. ¡Vuelva aquí!

El jefe alargó el paso.

Raymond corrió y lo asió por las huesudas rodillas, y el jefe cayó como un saco. El director Birch le aplicó una inyección sedante y muy pronto estuvo seguro dentro de una ambulancia, con la mirada perdida.

El hermano Raymond y la hermana Mary miraron la ambulancia mientras se marchaba. Una densa polvareda se alzó y quedó en el aire a la luz verde del sol. Las sombras parecían teñidas de violeta azulado.

Mary dijo con voz temblorosa:

—Espero que hayamos obrado bien. El pobre tenía un aspecto tan patético... Como sus propias cabras cuando las atan para matarlas.

—Sólo estamos haciendo lo que nos parece mejor, querida.

—¿Pero es realmente lo mejor?

La ambulancia había desaparecido, y el polvo se había posado. Sobre la Grande Montagne refulgían los relámpagos en un nubarrón verde oscuro. Faro brillaba como un ojo de gato en el cenit. El reloj, el fiel, cuerdo y sólido reloj, daba las doce del día.

—Lo mejor —repetía Mary, pensativa—. Es tan relativo...

—Si podemos curar la psicosis de los flits —apuntó Raymond—, si podemos enseñarles a vivir vidas limpias y ordenadas, eso será sin duda lo mejor. —Y tras una pausa, agregó—: Y desde luego será lo mejor para la colonia.

Mary suspiró.

—Supongo que tienes razón. Pero el jefe parecía tan agobiado...

—Mañana iremos a verle —respondió Raymond—. Pero ahora, duerme.

Cuando despertaron, un fulgor rojizo se filtraba por las cortinas corridas. Robundus, y quizá también Maude.

—Mira el reloj —pidió Mary, en mitad de un bostezo—. ¿Es de día o de noche?

Raymond se incorporó sobre un codo. El reloj se hallaba incrustado en la pared; era una réplica del reloj de Salvation Bluff y era accionado por impulsos radiales emitidos por éste.

—Son las seis de la tarde. Seis y diez.

Se levantaron y vistieron sus camisas blancas y sus polainas. Comieron en la pulcra cocina, y luego Raymond telefoneó al sanatorio.

La voz del director Birch resonó vigorosa:

—Dios le guarde, hermano Raymond.

—Dios le guarde, director. ¿Cómo está el jefe?

El director vaciló.

—Hemos tenido que mantenerlo sedado. Tiene problemas bastante profundos.

—¿Es posible hacer algo? Es muy importante.

—Sólo podemos intentarlo. Esta noche lo ensayaremos.

—Quizá convendría que estuviéramos allí —apuntó Mary.

—Si quieres... ¿A las ocho?

—A las ocho.

El sanatorio era un edificio largo y bajo, situado en las afueras de Ciudad Glory. Se le habían agregado posteriormente otras dos alas, y se podían ver en la parte de atrás unos barracones provisionales.

El director Birch les recibió con expresión de fatiga.

—No tenemos tiempo ni espacio suficientes... ¿Es tan importante ese flit?

Raymond le aseguró que la cordura del jefe era un asunto de grave importancia para todos.

El director alzó las manos.

—Hay colonos que requieren atención urgente —dijo—. Supongo que tendrán que esperar.

—¿El problema continúa? —preguntó Mary.

—El sanatorio tenía originariamente quinientas camas —respondió el director—. En este momento hay tres mil seiscientos pacientes internados, por no hablar de los mil ochocientos que evacuamos de regreso a la Tierra.

—¿Pero no está mejorando la situación? —inquirió Raymond—. La colonia ha superado el momento de mayor esfuerzo. No debería haber tanta ansiedad.

—No parece que el problema sea la ansiedad.

—¿Cuál es?

—El nuevo ambiente, me figuro. Somos gente de la Tierra; esto nos resulta extraño.

—Pero no lo es —objetó Mary—. Hemos construido aquí una réplica exacta de una comunidad terrestre. Y de las más bonitas. Hay casas, flores y árboles terrestres.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó el hermano Raymond.

—Pues en este momento en la sala de máxima seguridad.

—¿Se muestra violento?

—No contra las personas. Lo que quiere es irse. ¡Pero es destructivo! Nunca he visto nada igual.

—¿Tiene usted algún diagnóstico, aunque sólo sea provisional?

El director negó con la cabeza.

—Todavía estamos tratando de clasificarlo. Mire. —Tendió un informe a Raymond—. Éste es el primer análisis.

—¿Inteligencia cero? —Raymond alzó la vista—. Me consta que no es tan estúpido.

—La verdad es que no lo parece. Esto es sólo una vaga aproximación; no podemos usar los tests habituales, como el de percepción temática y demás. Están hechos para nuestras circunstancias culturales. En cambio, éstos —y al hablar golpeteó el informe con los dedos— son básicos, y los utilizamos incluso con animales. Aquí se trata de meter clavijas en agujeros, de reunir colores, de detectar diseños que no coinciden, de abrirse paso a través de laberintos...

—¿Y cómo respondió el jefe?

El director movió tristemente la cabeza.

—Si fuera posible obtener una puntuación negativa, la tendría.

—¿Cómo es eso?

—Bueno..., por ejemplo, en lugar de meter una clavija redonda en un agujero redondo, rompió la clavija en forma de estrella, la metió de lado a la fuerza y luego rompió el tablero.

—¿Pero por qué?

Mary dijo:

—Vamos a verle.

—No hay peligro, ¿verdad? —preguntó Raymond.

—Ninguno.

El jefe se hallaba confinado en una agradable habitación de tres metros de lado, con una cama blanca, sábanas y colcha grises, el suelo gris claro, y el cielo raso de un plácido verde.

—¿Santo Dios! —dijo con viveza Mary—. ¡Pues sí que ha estado ocupado!

—Sí —agregó el doctor Birch, apretando los dientes—. Muy ocupado.

La ropa de cama estaba hecha tiras, el somier, puesto de lado en medio de la habitación, las paredes sucias, y el jefe, sentado sobre el colchón plegado.

El director Birch dijo con severidad:

—¿Por qué ha hecho este desastre? No es un acto inteligente.

—Usted me mete aquí. Yo lo arreglo a mi gusto. Usted ordena su casa como le gusta. —Miró a Mary y a Raymond—. ¿Cuánto tiempo falta?

—Un rato más —respondió Mary—. Tratamos de ayudarle.

—Conversación loca, todos locos. —El jefe perdía su excelente acento, y deformaba sus palabras sonidos fricativos y guturales—. ¿Por qué me han traído aquí?

—Un día o dos —dijo Mary para calmarle—. Y luego tendrá su sal. Muchísima.

—Un día. Día es cuando hay sol.

—No —respondió el hermano Raymond—. ¿Ve esto? —Señaló el reloj de la pared—. Un día es cuando esa manecilla da la vuelta dos veces.

El jefe sonrió con cinismo.

—Nosotros ordenamos nuestras vidas con esto —explicó Raymond—. Nos ayuda.

—Como el gran reloj de Salvation Bluff —agregó Mary.

—Gran Diablo —dijo el jefe—. Ustedes personas buenas, todos locos. Vengan a Fleetville; les ayudaré. Buenas cabras. Tiraremos piedras contra el Gran Diablo.

—No —repuso con serenidad Mary—. Eso no serviría. Ahora, haga lo mejor posible cuanto le diga el doctor. Por ejemplo, este desorden no está bien.

El jefe hundió la cabeza en sus manos.

—Déjenme ir. Se quedan con la sal; yo me voy a casa.

—Vamos —dijo amablemente el director Birch—. No le haremos daño. —Miró el reloj—. Ya es hora de su primera sesión de terapia.

Se necesitaron dos enfermeros para llevar al jefe al consultorio. Fue colocado en una silla acolchada, con las manos y los pies sujetos para que no pudiera lastimarse. Lanzó un terrible grito:

—¡El diablo, el Gran Diablo viene a mirar mi vida!

El director Birch le dijo a un enfermero.

—Cubra el reloj. Angustia al paciente.

—Relájese —dijo Mary—. Estamos tratando de cuidarle y de cuidar a su tribu.

El enfermero le aplicó una inyección de D-beta hypnidina. El jefe se relajó y quedó con los ojos abiertos y vacíos. Su flaco pecho subía y bajaba.

El director Birch les dijo en voz baja a Raymond y Mary:

—En este momento es absolutamente sugestionable. No hagan el menor ruido.

Ambos fueron a sentarse en un ángulo de la habitación.

—Hola, jefe —dijo el director.

—Hola.

—¿Está cómodo?

—Mucho brillo, mucho blanco.

El enfermero amortiguó las luces.

—¿Ahora está mejor?

—Mejor.

—¿Le preocupa algo?

—Las cabras se lastiman las patas, se quedan arriba, en la montaña. Hay gente loca en el valle; no se quieren ir.

—¿Qué quiere decir «loca»?

El jefe guardó silencio. El director Birch les dijo, susurrando, a Mary y a Raymond:

—Analizando su idea de cordura quizá encontremos la clave de su trastorno. —Y dirigiéndose al jefe—: ¿Por qué no nos habla de su vida?

El jefe respondió de inmediato:

—Ah, es muy buena. Soy el jefe. Comprendo lo que todos hablan. Nadie más sabe las cosas.

—Una buena vida, ¿eh?

—Todo es bueno. —Hablaba de modo deshilvanado, y a veces una palabra era ininteligible, pero se comprendía el cuadro que trazaba de su vida—. Todo en calma, sin problemas, todo bien. Cuando llueve, el fuego es bueno. Cuando el sol quema, sopla el viento y es bueno. Muchas cabras, todo el mundo tiene comida.

—¿Pero no tiene dificultades, inconvenientes?

—Sí que los tengo. La gente loca del valle hace una ciudad. New Town. Está mal. Recta, recta, todo recto. Mal. Loca. Eso es malo. Tenemos mucha sal, pero nos vamos de New Town y volvemos al lugar de siempre.

—¿No le gusta la gente del valle?

—Son buena gente, pero están todos locos. El Gran Diablo los trajo al valle. El Gran Diablo mira todo el tiempo. Pronto todos harán tic tic tic como el Gran Diablo.

El director Birch se volvió hacia Raymond y Mary, con el ceño fruncido.

—No servirá de nada. Está demasiado seguro.

—¿No podrá curarle? —dijo Raymond, preocupado.

—Antes de poder curar una psicosis, debo localizarla. Y estoy muy lejos de ello.

—Pero no es natural lo que les ocurre a los flits —susurró Mary—. Se mueren como moscas.

El doctor se dirigió al jefe:

—¿Por qué se muere su gente, jefe? ¿Por qué se mueren en New Town?

El jefe respondió con voz áspera.

—Miran hacia abajo. La vista no es bonita. Loca. No hay río; agua recta. Hace daño a los ojos. Rompemos el canal, vuelve el río bueno... Las casas todas iguales. Uno enloquece mirándolas. La gente se vuelve loca. Los matamos.

El director Birch dictaminó:

—Creo que no conviene seguir hasta que estudiemos mejor el caso.

—Sí —dijo el hermano Raymond en tono de preocupación—. Debemos reflexionar.

Salieron del sanatorio por el gran salón de entrada; los bancos se hallaban repletos de gente que solicitaba ser internada, así como de pacientes y los enfermeros que los cuidaban. En el exterior el cielo estaba cubierto. La luz amarillenta indicaba que Urban estaba en alguna parte. Grandes gotas densas caían sobre el polvo.

El hermano Raymond y la hermana Mary esperaban el autobús en la glorieta de tráfico.

—Algo marcha mal —dijo Raymond con voz destemplada—. Algo marcha muy mal.

—No estoy muy segura que sea algo que haya en nosotros —agregó Mary mirando el paisaje, los huertos nuevos, la avenida Sarah Gulvin, que llegaba hasta el centro de Ciudad Glory.

—Un planeta extraño siempre es una batalla. Debemos tener fe y confianza en Dios..., ¡y luchar!

Mary le apretó el brazo. Él se volvió.

—¿Qué ocurre?

—Me ha parecido ver a alguien que corría entre los árboles.

Raymond estiró el cuello.

—No veo nada.

—Pensé que era el jefe...

—La imaginación, querida.

Subieron al autobús, y pronto llegaron a la seguridad de su hogar de paredes blancas y jardín florido.

Sonó el intercomunicador. Era el director Birch, inquieto.

—No quiero alarmarles, pero el jefe se ha escapado. No está en el sanatorio, ni sabemos adónde ha ido.

Mary murmuró:

—Estaba segura, estaba segura.

—¿Cree que hay algún peligro? —preguntó Raymond.

—No. No hay síntomas de violencia. Pero yo atrancaré la puerta.

—Gracias por llamar, director.

—De nada, hermano Raymond.

Hubo un instante de silencio.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Mary.

—Cerraré las puertas, y luego trataremos de dormir bien.

En medio de la noche, Mary se despertó sobresaltada. Raymond se volvió hacia ella.

—¿Qué te ocurre?

—No sé —dijo Mary—. ¿Qué hora es?

Raymond miró el reloj.

—La una menos cinco.

La hermana Mary no se movió.

—¿Has oído algo? —inquirió Raymond.

—No. Tuve... un presentimiento. ¡Algo está mal, Raymond!

Raymond la abrazó, y apretó contra su pecho la cabeza rubia.

—Sólo podemos hacer lo que nos parece mejor, querida, y rezar para que sea la voluntad de Dios.

Cayeron en un sueño entrecortado, agitado. Raymond se levantó para ir al lavabo. Era de noche y el cielo estaba oscuro, aunque había un fulgor rojizo en el norte. El rojo Robundus se hallaba en algún lugar debajo del horizonte.

Soñoliento, Raymond volvió a la cama.

—¿Qué hora es, querido? —preguntó Mary.

Raymond miró el reloj.

—La una menos cinco.

Se metió en la cama. Mary tenía el cuerpo rígido.

—¿Has dicho la una menos cinco?

—Sí —respondió Raymond. Un segundo después saltaba de la cama y se dirigía a la cocina—. Aquí también es la una menos cinco. Llamaré al reloj.

Fue hasta el intercomunicador y oprimió el teclado. No hubo respuesta.

—No contestan.

Mary estaba a su lado.

—Prueba otra vez.

Raymond marcó el número.

—Es muy raro.

—Llama a informaciones.

Raymond lo hizo. Antes que pudiera preguntar nada, una voz aguda le dijo:

—El gran reloj está momentáneamente averiado. Por favor, paciencia, el reloj está averiado.

Raymond creyó reconocer la voz. Oprimió la tecla de imagen. La voz dijo:

—Dios le guarde, hermano Raymond.

—Dios le guarde, hermano Ramsdell. ¿Qué ha ocurrido?

—Fue uno de sus protegidos, Raymond... Uno de los flits, enfurecido. Arrojó rocas montaña abajo contra el reloj.

—¿Pero...?

—Provocó una avalancha. Ya no tenemos reloj.

Nadie recibió al inspector Coble cuando llegó al espaciopuerto de Ciudad Glory. Contempló la pista; ni un alma. Muy lejos, el viento arrastraba un papel. Nada más se movía.

Qué extraño, pensó el inspector Coble. Siempre le esperaba una comisión con un programa halagador, pero bastante fatigoso. Un banquete en el *bungalow* del Arcediano, discursos eufóricos, informes de los últimos progresos, servicios en la capilla, y por fin una caminata hasta el pie de la Grande Montagne.

Personas excelentes, a juicio del inspector, pero demasiado serias y fanáticas para resultar interesantes.

Dio instrucciones a los dos hombres que tripulaban la nave oficial, y se dirigió a pie hacia Ciudad Glory. El rojo Robundus estaba alto, pero se dirigía hacia el este. Miró hacia Salvation Bluff para controlar la hora local, pero un velo de humo le impedía ver.

El inspector caminaba vivamente por la carretera, y de pronto se detuvo. Alzó la cabeza como para olfatear el aire, miró en derredor girando sobre sí mismo. Frunció el ceño y continuó la marcha.

Los colonos habían hecho cambios, pensó. No podía determinar cuáles exactamente. Un sector de la cerca faltaba. Había malezas en la cuneta, junto al camino. Examinó la cuneta y notó cierto movimiento en el pastizal que había más atrás, y voces juveniles. Excitada su curiosidad, Coble saltó la zanja y abrió la cerca.

Una pareja de unos dieciséis años chapoteaba en la charca; ella llevaba tres flores en la mano, él la besaba. Le miraron sorprendidos, y el inspector se retiró.

De nuevo en la carretera se preguntó dónde se encontraban todos. Los campos estaban abandonados, nadie trabajaba. El inspector Coble se encogió de hombros y continuó su camino.

Pasó por el sanatorio y lo miró extraño. Parecía considerablemente mayor. Tenía otras dos alas, y varios barracones agregados; los senderos de grava no estaban tan bien cuidados como antes. La ambulancia, estacionada a un lado, se hallaba cubierta de polvo. El lugar parecía abandonado. Por segunda vez, el inspector se quedó inmóvil. ¿Música? ¿En el sanatorio?

Se acercó, y la música se hizo más audible. Coble abrió la puerta con lentitud. En el salón de recepción había ocho o diez personas vestidas de manera extraña: con plumas, faldas de hierba seca, fantásticos collares de metal y vidrio. Una música frenética y bailable atronaba desde el auditorio.

—¡Inspector! —le dijo una rubia encantadora—. ¡Ha llegado, inspector Coble!

El inspector Coble la miró fijamente. Tenía puesta una especie de chaqueta hecha de cuadraditos de telas diversas y adornada con campanillas de hierro.

—Hermana... Es la hermana Mary Dunton, ¿verdad?

—Por supuesto... ¡Ha llegado usted en el mejor momento! ¡Tenemos baile de carnaval, con trajes y todo!

El hermano Raymond le palmeó alegremente la espalda.

—Encantado de verle, viejo. Beba un poco de sidra. ¡Es la primera!

El inspector Coble retrocedió.

—No, no, gracias. —Aclaró su garganta—. Debo continuar mi inspección. Tal vez más tarde...

El inspector Coble se dirigió a la Grande Montagne. Observó que varios *bungalows* habían sido pintados con vivos verdes, azules y amarillos; muchas cercas habían desaparecido, algunos jardines parecían selvas...

Ascendió hasta Old Fleetville, donde vio al jefe. Aparentemente, los flits no eran explotados, engañados, esclavizados, irritados de modo sistemático ni obligados a ser prosélitos de nadie. El jefe parecía hallarse de buen humor.

—Maté al Gran Diablo —le dijo—. Ahora todo va mejor.

El inspector Coble pensaba deslizarse en silencio hasta el espaciopuerto y partir, pero el hermano Raymond Dunton le llamó cuando pasaba por delante de su *bungalow*.

—¿Ha desayunado ya, inspector?

—¡La cena, querido! —dijo desde dentro la voz de la hermana Mary—. Urban acaba de ponerse.

—Pero Maude ha aparecido...

—¡Huevos con tocino, inspector!

El inspector estaba fatigado, y sentía el olor a café.

—Gracias —respondió—. Espero que no les importe si acepto.

Después de los huevos con tocino, y durante su segunda taza de café, el inspector dijo tentativamente:

—Parece que los dos se encuentran bien.

La hermana Mary estaba guapísima con el pelo rubio suelto.

—Nunca me he sentido mejor —respondió el hermano Raymond—. Es cuestión de ritmo, inspector.

Éste parpadeó.

—Ritmo, ¿eh?

—Más exactamente —agregó Mary—, se trata de perder el ritmo.

—Todo empezó cuando rompieron el reloj —dijo Raymond.

El inspector Coble fue reconstruyendo poco a poco la historia que tres semanas después le narró en Ciudad Surge al inspector Keefer:

—Invertían un enorme esfuerzo en aferrarse a una falsa realidad. Les asustaba el nuevo planeta. Pretendían que fuera la Tierra; trataban de castigarlo o hipnotizarlo para que fuera la Tierra. Por supuesto, estaban derrotados antes de empezar. Glory es un mundo donde prácticamente todo es aleatorio, y los pobres querían imponer el ritmo y la rutina de la Tierra a ese magnífico desorden, a ese caos monumental.

—No es extraño que se volvieran locos.

El inspector Coble asintió.

—Al principio, cuando el reloj se detuvo, pensaron que eso significaba la muerte. Encomendaron sus almas a Dios y se entregaron a su suerte. Pasaron unos días y para su sorpresa, descubrieron que seguían vivos, e incluso que gozaban de la vida. Dormían cuando oscurecía y trabajaban cuando brillaban los soles...

—Parece un buen lugar para el retiro —respondió el inspector Keefer—. ¿Qué tal es la pesca en Glory?

—No muy buena. Pero la cría de cabras es una maravilla.

FIN

Título Original: The Devil on Salvation Bluff © 1954.

Traducción de Carlos Peralta.

Edición Digital de Arácnido.

Revisión 2.